

Leonardo-Loayza, R. (2022): Masculinidad, paternidad y poder en las «Las botellas y los hombres» de Julio Ramón Ribeyro. *Cultura, Lenguaje y Representación*, Vol. XXVII, 75–88  
ISSN 1697-7750 · E-ISSN 2340-4981  
DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/clr.6088>

## Masculinidad, paternidad y poder en «Las botellas y los hombres» de Julio Ramón Ribeyro

Masculinity, paternity and power in «Las botellas y los hombres» by Julio Ramón Ribeyro

RICHARD LEONARDO-LOAYZA  
UNIVERSIDAD PERUANA DE CIENCIAS APLICADAS (UPC)  
[HTTPS://ORCID.ORG/0000-0001-6867-2127](https://orcid.org/0000-0001-6867-2127)

Artículo recibido el / Article *received*: 2021-08-12  
Artículo aceptado el / Article *accepted*: 2022-04-12

**RESUMEN:** A pesar de que la figura del padre está presente en buena parte de la narrativa latinoamericana, lo cierto es que recién en estas últimas décadas se la ha abordado desde una perspectiva realmente teórica, esto gracias a los estudios de género y, en especial, a las masculinidades. En tal contexto, surge el estudio de las paternidades como un intento por entender al padre y los diversos roles que este cumple en el espectro familiar y social, los cuales han variado notablemente en la reciente época. A partir de este paradigma, el presente artículo analiza «Las botellas y los hombres» del escritor peruano Julio Ramón Ribeyro. En la diégesis de este relato se representa el vínculo que se produce entre la subjetividad masculina y la paternidad. Se ha encontrado que, desde la óptica de Ribeyro, dicho vínculo se muestra problemático, debido a que las relaciones que se establecen entre el padre y el hijo varón, protagonistas del texto, están marcadas por los discursos sociales contradictorios que existen sobre la masculinidad y la paternidad, los que instrumentalizan mandatos perversos que en su pretensión por disciplinar a los hombres, los convierten en sujetos de frustración y dolor.

**Palabras clave:** Julio Ramón Ribeyro, «Las botellas y los hombres», Masculinidades, Paternidades, Poder.

**ABSTRACT:** Although the figure of the father is present in much of the Latin American narrative, the truth is that it has only been approached from a truly theoretical perspective in recent decades, thanks to gender studies and, especially, to masculinities. In this context, the study of paternity emerges as an

attempt to understand the father and the various roles that he fulfills in the family and social spectrum, which have varied notably in recent times. Based on this paradigm, this article analyzes «Las botellas y los hombres» by the Peruvian writer Julio Ramón Ribeyro. In the diegesis of this story, the link that occurs between male subjectivity and fatherhood is represented. It has been found that, from Ribeyro's point of view, this link is problematic, because the relationships established between the father and the male child, protagonists of the text, are marked by the contradictory social discourses that exist on masculinity and paternity, those who instrumentalize perverse mandates that in their attempt to discipline men, make them subjects of frustration and pain.

*Key words:* Julio Ramón Ribeyro, «Las botellas y los hombres», Masculinities, Paternities, Power.

## 1. INTRODUCCIÓN

Julio Ramón Ribeyro (Lima, 1929-1994) es uno de los autores más importantes de la literatura peruana y uno de los más destacados a nivel continental. Si bien escribió novelas, obras de teatro, ensayos, artículos periodísticos, diarios, puede decirse que de su vasta producción es el cuento el que ha recibido mayor atención de parte de los especialistas en su obra. Sin embargo, aún se hace necesario abordar varios de sus textos que no han sido lo suficientemente estudiados.

Uno de estos textos es «Las botellas y los hombres», relato que da título al volumen de cuentos del mismo nombre y que fue publicado en 1964.<sup>1</sup> Los críticos que se han ocupado sobre este texto lo han visto como la puesta en escena de «la crisis del modelo familiar tradicional» (Elmore, 2002: 98), una historia que trata sobre «las relaciones conflictivas que existen entre un hijo y su padre» (González Montes, 2010: 146) o «la experiencia [...] [en la que] las relaciones entre un padre y un hijo están desnaturalizadas» (Ortega, 1985: 133).

Los trabajos anteriormente mencionados arrojan luces más que interesantes sobre la significación de «Las botellas y los hombres», pero debe señalarse que se tratan de aproximaciones superficiales, debido a que son breves comentarios que no desarrollan del todo las ideas que proponen (la mayoría forma parte de estudios generales sobre la cuentística de Ribeyro). Si bien es fundamental afirmar que en este texto se aborda una problemática familiar, la relación entre padres e hijos varones, debe considerarse que también lo es el hacer notar que en dicha relación se ven involucrados aspectos referidos a la masculinidad, y los mandatos sociales a los que están sometidos los hombres mientras están solteros y que cambian, bruscamente, cuando estos asumen la condición de padres. Asimismo, es importante analizar esta confrontación entre padres e hijos desde la perspectiva del poder, ya que dicha pugna se realiza en el marco de la institución familiar.

No se ha acentuado sobre tales aspectos al estudiar este relato de Ribeyro.<sup>2</sup> Por dicha razón, el propósito del presente artículo es examinar el mencionado texto desde una

---

<sup>1</sup> Para este trabajo se emplea la edición del cuento que aparece en *La palabra del mudo (I)*, publicada por Editorial Seix Barral en 2009.

<sup>2</sup> En la obra de Ribeyro el lugar paterno es abordado generalmente como un tema problemático. Por ejemplo, el abuelo de «Los gallinazos sin plumas», el padre oportunista de «Interior L», el padre ausente en la novela *Los geniecillos dominicales*.

mirada que privilegie la representación literaria que se elabora sobre la masculinidad y su relación con la paternidad. Estas dos categorías han sido extensamente abordadas en la región durante las últimas décadas (Saldaña y Salgado, 2018: 169); sin embargo, el énfasis se ha puesto en las ciencias sociales. El artículo que sigue a continuación se aproxima a dichas categorías, pero las reflexiona a partir del objeto literario.

## **2. LA MASCULINIDAD Y LA PATERNIDAD SON COSAS DE HOMBRES (DE VERDAD)**

Siguiendo a Michael Kimmel, puede decirse que los significados de masculinidad varían de cultura a cultura, en diferentes periodos históricos, entre hombres en una misma cultura y en el curso de una misma vida. Esto implica que no se puede hablar de masculinidad como si fuera una esencia constante y universal, pero sí como un conjunto de significados y comportamientos fluidos y en constante cambio (1997: 106). Por este motivo, no se debe hablar sobre masculinidad, sino de masculinidades. De tal forma, se reconoce que esta categoría significa diferentes «cosas» para diferentes grupos de hombres en diferentes espacios y tiempos.

A partir del reconocimiento de los diversos tipos de masculinidades, R.W. Connell plantea la noción de masculinidad hegemónica, para referirse a las interacciones que se efectúan entre las diferentes masculinidades, teniendo en cuenta las relaciones de poder entre estas configuraciones. Según Connell, la masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo, se trata, en cambio, de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género y que se convierte en una posición siempre disputable (1997: 39). Esta masculinidad hegemónica se erige en norma y se convierte en un modelo que impondría mandatos que señalan —tanto al varón como a las mujeres— lo que se espera de ellos y ellas y constituye el referente con el que se comparan los diferentes individuos.

Por su parte, Norma Fuller explica que toda versión de la masculinidad que no corresponda a la hegemónica sería equivalente a una manera precaria de ser varón, que ocupa una posición subordinada frente a quienes ostentan la calidad de hombres plenos. Así, por ejemplo, los obreros serían subordinados frente al patrón; los niños, adolescentes y viejos frente a los adultos; los afrodescendientes e indígenas frente al hombre blanco occidental; los homosexuales frente a los heterosexuales y así seguidamente. No obstante, lo hegemónico y lo dependiente —acota Fuller— se definen y constituyen mutuamente. Ambas se requieren en este sistema interdependiente porque, para definirse como un varón logrado, es necesario contrastarse contra quien no lo es (2012: 118).

Ahora bien, ¿cuál es la relación entre esta masculinidad hegemónica y la paternidad? La respuesta es que ambas categorías se encuentran imbricadas. La paternidad funciona como un atributo de la masculinidad, las dos se retroalimentan y determinan. Rodrigo Parrini (2000) explica que el modelo hegemónico de masculinidad se ordena en torno a la función paterna; su figura central es el Padre y su prescripción fundamental llama a todo hombre a ser un Patriarca.<sup>3</sup> En esa misma línea, Laura Torres dice que «Uno de los atributos principales de la masculinidad hegemónica, que tiene mayor importancia entre los varones, es el de ser jefes de hogar, atributo conferido por su carácter de proveedores» (2004: 52).

---

<sup>3</sup> Debe entenderse el patriarcado tal como lo define Giacomello: «no se trata solo de relaciones de poder y dominación intergenéricas —hombres sobre mujeres—, sino intragenéricas —hombres sobre otros hombres o mujeres sobre otras mujeres—, derivadas de las diferencias sociales» (cit. en Cervantes, 2018: 145).

De esta manera, la masculinidad es un elemento estructurador de las identidades individuales y colectivas, contiene una serie de mandatos que operan a nivel subjetivo, entregando pautas identitarias, afectivas, comportamentales y vinculares difíciles de soslayar por los sujetos involucrados en este modelo, si quieren evitar la marginalización o el estigma. Precisamente, la paternidad es considerada como la culminación de la identidad masculina, su estado pleno, su mayor solidez. Cuando un hombre es padre puede decir que de verdad es un hombre. En el mismo sentido, pero ampliando, Norma Fuller detalla:

Todo varón nace dentro de una familia (hijo, hermano) y debe fundar una propia (esposo y padre.) Por lo tanto, el matrimonio, o unión estable, se considera como un paso necesario para llegar a ser un hombre pleno. Al casarse, un varón obtiene un hogar propio y una mujer que se ocupa de sus cuestiones domésticas. Asimismo, la vida conyugal les proporciona una vida sexual plena y la oportunidad de demostrar a sus pares que son sexualmente activos. Al tener un hijo de una relación públicamente reconocida, el joven se convierte en padre y jefe de familia: el eje de un nuevo núcleo social. Se inaugura así un nuevo período del ciclo vital y, sobre todo significa el punto en que el varón se consagra como tal al obtener los símbolos de la hombría: comprueba que es potente sexualmente, es jefe de una unidad familiar y responde por ella ante el mundo exterior. Es decir confirma su virilidad y se inserta definitivamente en los ejes doméstico y público. (Fuller, 2012: 125)

En efecto, la paternidad es el escalón máximo que el hombre está obligado a subir en su trayecto de vida. Este hecho social es importante, porque implica estar pendiente de una serie de mandatos a los cuales el varón se ve sometido. No ejercer la paternidad o ignorarla atenta directamente en contra del estatus de su masculinidad, la cual está refrendada por sus pares y siempre estará en el filo del cuestionamiento y la sospecha. Por eso «necesita constantemente ser probada» (Orlandi, Beiras y Filgueiras, 2009: 228). Los hombres siempre están bajo el cuidadoso y persistente escrutinio de otros hombres. Como manifiesta Kimmel: «Ellos nos miran, nos clasifican, nos conceden la aceptación en el reino de la virilidad. Se muestra hombría para la aprobación de otros hombres. Son ellos quienes evalúan el desempeño» (1997: 54).

De este modo, no se puede dejar la paternidad a la ligera, sino que es una actividad que se está forzado a realizar para validar las insignias de la masculinidad ante la mirada de los pares. Una vez que se ha conseguido la calidad de padre, también hay que llevar a cabo una serie de acciones que le prueben a la sociedad que se la ejerce según los mandatos que impone esta: proveer y proteger. Así como la masculinidad es una aprobación homosocial (Kimmel, 1998: 55), de la misma manera la paternidad también lo es. En dicho sentido, no basta con tener la masculinidad, sino hay que ejercerla (Cortes, 2004: 42). Por lo tanto, tampoco es suficiente ser padre, sino que lo realmente trascendental es cumplir con la función parental, ejercitarla con sus ventajas y desventajas.

### **3. SUBJETIVIDADES MASCULINAS Y PATERNIDADES AMENAZADAS**

«Las botellas y los hombres» puede ser leído como un relato en el que se asiste al intento de un hijo por ocupar el lugar de su padre, en este caso, de un padre ausente durante ocho años. Francisco abandonó durante ese lapso a Luciano y su madre. Es esta

última la que asumió, en el contexto de la familia conyugal,<sup>4</sup> los deberes que estaban asignados socialmente a su pareja: proveer y proteger.

El relato se inicia cuando Francisco, ocho años después de dejar su casa, busca a Luciano para que le preste algún dinero. Ante la sorpresa de verlo después de tanto tiempo, el muchacho no reacciona rápidamente. Es entonces que Francisco le dice: «—¿No has oído? [...]—. Necesito que me des unas chauchas» (Ribeyro, 2009: 209). Pese al tiempo transcurrido y el hecho del abandono, Francisco actualiza su condición de paternidad como si no hubiera ocurrido nada. Como respuesta al silencio del hijo, que puede ser entendido como un desacato, este padre ordena, se impone. Si bien Francisco se disculpa casi al instante por lo lamentable de su actitud, lo cierto es que ya ha esgrimido su calidad de padre y con este ha reclamado todas las prerrogativas propias de la paternidad como un ejercicio de poder.

Las relaciones de poder están presentes en todas las relaciones sociales. Es algo inherente a todos los seres humanos. Como enseña Michel Foucault se produce entre cada punto del cuerpo social, entre un hombre y una mujer, en una familia, entre un maestro y su alumno, entre el que sabe y el que no sabe, pasan relaciones de poder que no son la proyección pura y simple del gran poder del soberano sobre los individuos; son más bien el suelo movedizo y concreto sobre el que ese poder se incardina las condiciones de sus funcionamientos.

(Foucault, 1980: 163)

Por eso, el poder es omnipresente, «porque se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro. El poder está en todas partes» (Foucault, 2006: 113). En la institución de la familia es el padre el que ejerce el poder sobre los hijos. Como dice Víctor J. Seidler (2006): «El “cabeza” de familia tiene derecho a esperar que su palabra sea obedecida sin chistar» (89). En el patriarcado los hombres sienten que muchos de sus actos están plenamente justificados, «que están ejerciendo un derecho. Se sienten autorizados por una ideología de supremacía» (Connell, 1997: 44). Y mucho más si son padres, patriarcas. Por esta razón es que Francisco le ordena a su hijo que le proporcione dinero, pese a que lo abandonó hace mucho tiempo. Luciano accede a darle lo que su padre pide (que si se lee bien no solo es dinero, sino también respeto y obediencia). Se produce un pequeño diálogo entre los dos, pero al ser interrumpidos por otra persona del club, Luciano decide citar a su progenitor en otro lugar. Al despedirse, al hijo le llama la atención la vestimenta descuidada del padre y le dice:

—Si pasas por la casa, te puedo dar unas camisas.

El viejo lo miró irritado.

—¿No me vas a vestir ahora a mí; a mí, que te he comprado tus primeros chuzos!<sup>5</sup>

Luciano trató de recordar a qué chuzos se refería su padre. Todos sus recuerdos de infancia le venían descalzo desde la puerta del callejón. A pesar de ello, cuando llegaron al alambrado, extrajo todo el dinero que tenía en el bolsillo.

—A la seis en el jardín Santa Rosa— murmuró extendiendo la mano.

(Ribeyro, 2009: 212)

Debe preguntarse: ¿por qué se crispa Francisco ante el ofrecimiento de Luciano? ¿Qué es lo que lo ha molestado? Una posible respuesta es que su hijo quiera asumir la posición de padre, es decir, de aquel que provee (en este caso, ropa) y ejercer el poder.

---

<sup>4</sup> José Olavarría define la familia conyugal en los siguientes términos: «aquella formada por una pareja heterosexual, que contrae matrimonio por voluntad propia para toda la vida, sustentada en el amor a la pareja viviendo en un mismo hogar, para procrear y criar juntos a los hijos y las hijas» (2018: 87).

<sup>5</sup> En Perú, los chuzos es un sinónimo de zapatos.

Como indica Foucault, el poder no es una propiedad, sino que se ejerce como una estrategia, cuyos efectos de dominación se deben a disposiciones, a maniobras, a tácticas, a técnicas, a funcionamientos. Se trata más de una actividad que un privilegio que se podría detentar, es «un modelo de batalla perpetua más que el contrato que opera un traspaso o la conquista que se apodera de un territorio» (Foucault, 2010: 36).

Francisco reacciona casi inmediatamente al considerar que su condición de paternidad es usurpada. Pone en su sitio a Luciano, al recordarle que él fue precisamente, su padre, quien lo vistió cuando era un niño y le regaló sus primeros zapatos («chuzos»). Más allá de la anécdota que rememora Francisco, está la intención de este personaje por aclararle a su hijo que él es el padre y que alguna vez cumplió con sus obligaciones de progenitor. Debe recordarse la importancia de la paternidad para los hombres. Por dicho motivo, esta condición no puede ponerse en riesgo ni permitirse que alguien, ni siquiera si se trata de un hijo, deje caer un velo de duda al respecto.

Lo que resulta curioso en el diálogo es que Luciano no alcanza a rememorar un hecho de esta naturaleza. En todos los recuerdos de su infancia que puede evocar, él está descalzo. Lo que sugiere que Francisco, desde ese entonces, no cumplía con proporcionarle a su familia lo básico para vivir. Este personaje se muestra como un hombre cabal, cumplidor de los mandatos sociales que impone la paternidad, pero Luciano sabe que esto no es verdad, que su padre nunca llevó a cabo los deberes propios de su condición.

En esta línea, es interesante la actitud que adopta Luciano hacia su padre. Se empeña en demostrarle que no necesitó de él como tal para salir adelante. Para lograr dicho objetivo, Luciano apela a evidenciar ostensiblemente la prosperidad material que ha alcanzado. Cuando se produce el segundo encuentro entre padre e hijo, en el Jardín Santa Rosa, Luciano

Obedeciendo a un impulso de vanidad, se había puesto su mejor terno, sus mejores zapatos, un prendedor de oro en la corbata, como si se propusiera demostrarle a su padre con esos detalles que su ausencia del hogar no había tenido ninguna importancia, que había sido —por el contrario— una de las razones de su prosperidad.

(Ribeyro, 2009; 212)

Debe señalarse que no es «como si se propusiera», sino que este personaje se propone demostrarle a su progenitor que, a pesar de su ausencia, se las arregló bien para progresar. No es un acto de simple vanidad, sino que detrás de esta actitud hay encubierto el deseo de decirle a su padre que no lo necesitó como proveedor y sostén de la familia, que pudo salir adelante en la vida sin él. Por eso, como se dijo anteriormente, la necesidad de mostrarle su riqueza material. En el fondo, Luciano sabe que si no necesitó del padre para lograr dicha prosperidad, hubo otra persona que contribuyó notablemente para llegar a conseguirla: su madre, quien tuvo que enfrentar una «cantidad de humillaciones» (Ribeyro, 2009: 212) para siquiera permitirle terminar el colegio.

De otra parte, es significativo el recorrido emocional que experimenta Luciano a lo largo de la diégesis de «Las botellas y los hombres», respecto a este intento de ocupar el lugar del padre. Como se indicó al inicio del artículo, en un primer momento Luciano no solo cuestiona el estatus de padre que Francisco ha retomado, sino que quiere disputárselo. Pero a medida que transcurre el relato y se suscitan una serie de acontecimientos, Luciano asume su posición de hijo y Francisco retorna triunfalmente a la de progenitor. Cuando Luciano llega al Jardín Santa Rosa, Francisco reacciona del siguiente modo:

—¡Ya está acá! —exclamó dando unos pasos, los brazos extendidos—. ¿Qué les decía yo? ¡Ha llegado mi ñato!

Luciano lo vio venir y a pesar suyo se encontró aferrado contra su pecho. Durante un tiempo, que le pareció interminable, sufrió la violencia de su abrazo. A sus narices penetraba un tufo de licor barato, de cebolla de picantería. Este detalle lo conmovió y sus manos, que al principio vacilaban, se crisparon con fuerza sobre la espalda de su padre. Luego de tantos años, bien valía la pena un abrazo.

(Ribeyro, 2009: 213)

Como se puede notar, se produce una primera aproximación emocional entre padre e hijo. Ni bien ha llegado Luciano, Francisco ha realizado un gesto para generar una reconciliación entre ambos. Abraza a su hijo («su ñato»), lo reconoce públicamente. Estas acciones no le parecen desagradables a Luciano, por el contrario, lo animan a aceptar de buen grado el acercamiento de su progenitor. Por eso también lo abraza efusivamente. En este abrazo llama la atención por qué el hijo se conmueve al percibir el olor que emana el cuerpo de su padre («licor barato, de cebolla de picantería»). En contra de la lógica que podría hacer pensar que un olor de esas características debería generar algún tipo de rechazo, Luciano experimenta una sensación que lo lleva a conmoverse y acercarse (emocionalmente) al padre. Es probable que tal olor, característico de Francisco por el tipo de vida que siempre tuvo, le recuerde a Luciano los escasos momentos compartidos con este hombre en su niñez.

Un detalle más sobre la cita anterior. Si se presta atención a la forma en la que se relacionan padre e hijo, el abrazo que se dan no es suave ni tierno, sino que se trata de un acto fuerte y violento. Es el abrazo que está permitido compartir a dos hombres, así posean la condición de progenitor e hijo. Aquí no puede haber la menor sospecha de debilidad u homoerotismo. Debe quedar en claro que es la expresión del cariño filial, del afecto que se pueden prodigar un padre y su hijo varón. Los hombres, a diferencia de las mujeres, difícilmente pueden alcanzar el grado de confianza e intimidad con otros hombres. Kaufman explica que esta situación es propia de la relación con los pares (1997: 71), pero se puede extender incluso a los varones de la familia, como el padre o los hermanos de igual género.

En el Jardín Santa Rosa, un lugar de recreo en el cual se puede beber y jugar mientras se bebe, Francisco pareciera estar en su elemento. Se torna locuaz, simpático, ocurrente. Todo esto alienta a que Luciano lo vea con otros ojos.

—¿Por dónde está el gerente? —gritaba [El padre]—. ¡Díganle que aquí está don Francisco, presidente del club Huarasino, para invitarle un huaracazo!

Luciano apuró el paso y lo alcanzó. Había experimentado la necesidad de estar a su lado, de hacer ostensible su vinculación con ese hombre que dominaba un jardín recreo. Cogiéndolo resueltamente del brazo, caminó silencioso a su vera.

(Ribeyro, 2009: 214)

La actitud de Luciano respecto a su padre ha variado considerablemente. Al principio de la historia del relato era la de un rechazo total, unido a una vergüenza soterrada por ese hombre mal trajeado. En cambio, ahora, en el jardín recreo, Luciano siente la necesidad de estar a su lado, de hacer ostensible la vinculación que lo une a él. ¿Por qué se produce tal transformación? ¿Qué ha ocurrido para que Luciano pase tan rápidamente del rencor a la admiración?

Lo que sucede es que Luciano nunca dejó de amar a su padre y que la herida que le causó el abandono de este jamás se cerró del todo, pese a los esfuerzos de su madre. Se sabe que el vínculo con el padre proporciona al niño algo que no puede obtener de su madre. Si un niño establece un vínculo profundo con su madre y no con el padre, puede crecer sintiéndose amado, pero se sentirá fragmentado y desequilibrado, como si careciese

de algo. Para el sujeto, dice Wechsler, el padre es la ley que necesita para constituirse (2001: 80). En efecto, ese vacío, ese desequilibrio, esa carencia acaba de ser llenada, reparada, colmada con el regreso de Francisco.

En este tramo del relato, Luciano ya no quiere disputarle al padre su posición, renuncia a imponerse y se contenta con agarrarlo del brazo, con caminar junto a él. Luciano asume su condición de hijo, por lo tanto, acepta el estatus de un hombre subordinado, jerarquizado ante esta figura de poder. Byung-Chul Han dice que la máxima expresión del poder «se da allí donde el otro se somete al uno libremente» (2019: 18). Esto no se explica porque Luciano quede admirado por la conducta de su padre, por la enorme versatilidad que demuestra en el ambiente de ese jardín recreo, sino porque, precisamente, se trata de su padre, el único que tiene y lo arraiga al mundo. Como explica Parrini: «En contra del dicho popular podríamos decir que “Padre hay uno solo”, que nuestra filiación y nuestra memoria es tan monoteísta como nuestra religión. Sólo un padre, aunque no lo conozcamos, sólo un padre aunque no haya estado ni esté jamás» (2000: 76).

Cuando Luciano toma conciencia de esta situación necesita que su grupo de pares valide su nuevo estado de hijo reconocido por su padre. Por tal motivo, se lleva a Francisco al «Once amigos Bolognesi», un bar ubicado en los predios del distrito de La Victoria. Apenas llega al establecimiento, Luciano hace explícita su nueva condición:

—¡Señores! —gritó cuando llegó al centro de la pieza—. ¡Les presento a mi padre!

Todos quedaron callados mirando a ese extraño hombre gordo, la corbata desanudada, el pelo revuelto alrededor del pelado occipital, que se apoyaba en el mostrador para no caer. Luciano avanzó.

—¡Se acabó el juego! Ahora todo el mundo chupa con nosotros. Un padre como este no se ve todos los días. Nos encontramos en la calle. Hacía ocho años que no lo veía.

(Ribeyro, 2009: 216)

Luciano les explica a sus amigos las circunstancias que rodean el reencuentro con su padre. Más que atribuirlo a la euforia de haber hallado a su progenitor, este hecho se puede entender como la manifestación de declararse hijo de alguien y dejar la precariedad de ser un hijo abandonado. Tener un padre les otorga a los hombres una identidad, un centro estable y fijo a partir del cual pueden saber quiénes son.

De otro lado, debe resaltarse la capacidad que tiene Francisco para instalarse a plenitud en los dominios del hijo. Apelando a su carisma, el padre rápidamente se gana a las amistades de Luciano, a tal punto que pareciera ser uno más de ellos. Esta peculiaridad no escapa al hijo, el cual observa con ojos de orgullo y satisfacción la conducta del padre. Es así como

En un rincón, Luciano asistía mudo a esta escena. Sus ojos animados, en lugar de posarse en su padre, viajaban por los rostros de sus amigos. La atención que en ellos leía, el regocijo, la sorpresa, eran los signos de la existencia paterna; en ellos terminaba su orfandad. Ese hombre de gran quijada lampiña, que él había durante tantos años odiado y olvidado, adquiría ahora tan opulenta realidad, que él se consideraba como una pobre excrecencia suya, como dádiva de su naturaleza.

(Ribeyro, 2009: 216)

El grupo de pares acepta al padre de Luciano y, así, han validado la nueva condición de hijo reconocido que adquiere su amigo. En los ojos de estas amistades, Luciano descubre «los signos de la existencia paterna». Ahora ha dejado de ser un don nadie para convertirse en el hijo de don Francisco. Tanta es su admiración por este ser, que el muchacho se siente poca cosa en comparación a su padre, se considera una «pobre excrecencia», una «dádiva de su naturaleza». Como se puede apreciar, el proceso de asunción de la condición de hijo ha sido completada del todo. La relocalización del hijo



se ha producido totalmente, Ya no hay necesidad de competir con el padre. Se asume una posición de subalternidad, se acepta con gusto la condición de hijo, dependiente del padre.

Ahora, como resultado de lo anterior, Luciano quiere prodigarle cariño a Francisco, demostrarle que lo quiere. Entonces el muchacho se pregunta:

¿Cómo podría recompensarlo? Regalarle dinero, retenerlo en Lima, meterlo en sus negocios, todo le parecía poco. Maquinalmente se levantó y se fue aproximando a él, con precaución. Cuando estuvo detrás de él lo cogió de los hombros y lo besó violentamente en la boca.

El viejo, interrumpido, hizo un movimiento de esquite sobre la silla. Los amigos rieron. Luciano quedó desconcertado. Abriendo los brazos a manera de excusa, regresó a su silla. Su padre prosiguió, luego de limpiarse los labios con la manga.

(Ribeyro, 2009: 217)

Por un lado, Francisco evita el beso, porque en la figura del padre de la familia nuclear tradicional no se produce lo que Saldaña y Salgado denominan «una afectividad manifiesta» (2019: 88). En este tipo de familia se rechaza el vínculo emocional con los hijos. Víctor J. Seidler explica que: «Los hombres aprendían que tenían que ser desapasionados y objetivos en el ejercicio de su juicio racional, lo que significaba que tenían que evitar toda implicación emocional con sus propios hijos. A menos que pudieran distanciarse de ellos emocionalmente, no era posible esperar que fuesen imparciales en sus juicios» (2006: 90). Por otra parte, los hombres no pueden prodigarse afecto, porque esto los acerca a lo femenino, lo que implica un cuestionamiento a su virilidad. Un beso en la boca, por más que sea dado por un hijo varón, hace tambalear el prestigio ganado en los fueros de la masculinidad. Un beso de un hombre a otro hombre, homoerotiza. Como dice Norma Fuller: «Los hombres no son niños ni mujeres ni homosexuales» (2019: 30).<sup>6</sup> Por esta razón, Francisco rechaza el beso, evade el afecto. Ante esta reacción, el propio Luciano entiende el error que ha cometido: no puede poner en duda su masculinidad ni la de su padre. Siempre hay otros hombres mirando, juzgando, refrendando dicho estatus (Fuller, 2012: 119), aun si estos son sus amigos. Los varones ejercen un control severo sobre los otros hombres (Leonardo-Loayza, 2021: 149).

Más adelante en la historia, en medio de la conversación que entablan padre e hijo con las amistades de este último, aflora el tema de las mujeres. Entonces, Francisco no puede dejar de preguntarle a Luciano:

—¿Y cómo está la vieja?

La pregunta llegó desde el otro extremo de la mesa, a través de todas las botellas. Se había hecho un silencio. Luciano miró a su padre y trató de sonreír.

—Está bien —contestó y volvió a hundir su mirada en la copa vacía—. Tampoco le has hecho falta. Nunca ha preguntado por ti.

—Hace ocho o diez años que no le veo ni el bulto —prosiguió el viejo, dirigiéndose a los amigos—. ¡Cómo corre el tiempo! Nos hacemos viejos... ¡No queda más champán para mí?... Vivíamos en un callejón, vivíamos como cerdos, ¿no es verdad, Luciano? Yo no podía aguantar eso... Un hombre como yo, en fin, sin libertad... viendo siempre la misma cara, el mismo olor a mujer, qué mierda, había que conocer mundo y me fui... Sí, señores, ¡me fui!

(Ribeyro, 2009: 217)

Por un lado, debe notarse de que el tema relacionado a las mujeres es incómodo para Luciano, quizá porque sabe que va a terminar derivando inevitablemente en algún aspecto de la vida de su madre. Asimismo, se sabe por el testimonio del muchacho, que

---

<sup>6</sup> Conell explica que la homosexualidad, en la ideología patriarcal, es la bodega de todo lo que es simbólicamente expedito de la masculinidad hegemónica con asuntos que oscilan desde «un gusto fastidioso por la decoración hasta el placer receptivo anal» (1997: 40–41).

esta mujer, pese a ser abandonada con un hijo, no necesitó de su pareja para sobrevivir, pero como se puede intuir esta es una mentira, porque Luciano, junto a su progenitora, no solo ha vivido en una precariedad emocional por sufrir el olvido del padre, sino que también de lo material.<sup>7</sup> Debe recordarse la mención que se hace al inicio del relato sobre la infancia de Luciano, desde la puerta de un callejón y siempre descalzo, o, la cantidad de humillaciones que tuvo que afrontar su madre para que él pueda completar el colegio.

Por otro lado, la parte final de la escena seleccionada revela una de las paradojas de la masculinidad. Cuando un hombre es joven mantiene su estatus de virilidad mediante el ejercicio del poder. Puede hacer todo aquello que se le venga en gana. Es más, está obligado a hacerlo para acrecentar su prestigio como hombre. De esta manera, debe demostrar que es fuerte y activo sexualmente. Pero una vez que el hombre se ha casado (o está en una relación formal) y tiene un hijo, la situación cambia. Ahora la hombría consiste en proteger y proveer a la pareja elegida y, sobre todo, al hijo. Este tránsito es tortuoso para los hombres, porque para convertirse precisamente en tales deben abandonar sus hábitos de plena libertad y ahora consagrarse a la monogamia y al cuidado del hijo.

Según Francisco, el motivo por el que abandonó a su familia fue el no poder soportar las condiciones deplorables en las que habitaban («vivíamos en un callejón, vivíamos como cerdos»), pero la realidad es diferente. Lo que sucede es que «un hombre como él» no podía vivir sin libertad, «viendo siempre la misma cara», percibiendo «el mismo olor a mujer». En efecto, Francisco no fue capaz de procesar el cambio de estatus, de pasar de ser un simple hombre para convertirse en padre. Por esta razón, decide abandonar a su esposa y a su hijo. Ahora bien, que no acepte el cambio de estatus por la llegada de la paternidad, no significa que Francisco no lo entienda. En el texto, en la conversación que comparten Luciano, los amigos de este y Francisco, en una mesa de «El once amigos Bolognesi» el momento tenso sigue. Francisco dice:

—Además...—continuó el viejo, sonriendo con sorna—. Yo, yo...ella, con el perdón de Luciano, pero la verdad es que ella, ustedes comprenden, ella...

—¡Calla! —gritó Luciano, poniéndose de pie.

—¡...ella se acostaba con todo el mundo!

Las carcajadas de los amigos estallaron. En un instante Luciano se encontró a lado de su padre. Cuando los amigos terminaron de reír vieron que el viejo tenía sangre en los labios. Luciano lo tenía aferrado por la corbata y su ágil cabeza volvía a golpear la gran cara pastosa.

(Ribeyro, 2009: 217)

Francisco quiere justificar el abandono de su familia, echándole la culpa a la madre, a la supuesta conducta inmoral que esta tenía. Según el padre de Luciano, el motivo por el que se marchó fue la promiscuidad de su cónyuge. Como resultado de esta imputación, las cosas cambian dramáticamente entre Francisco y su hijo. Luciano golpea a su padre. Como hijo, Luciano debe defender la honra de su madre, incluso si para ello es necesario enfrentarse a su padre. Por eso, lo agrede, intentando callarlo. Debe recordarse junto al psicoanálisis, que el hijo varón para la madre es un sustituto simbólico fálico y que este intentará satisfacer el deseo de ella identificándose con el falo imaginario (Evans, 2005: 152), lo que no solo se traduce en tratar de complacerla en lo que su madre anhele, sino en defender su integridad y honor. Además, el hecho de deslizar una

<sup>7</sup> En la familia tradicional, como dice Kant, «las mujeres y los hijos necesitan a los esposos y padres, pero que los hombres no los necesitan a ellos» (Kant cit. en Seidler, 2006: 89).

afirmación de esa naturaleza acerca de su madre hace que esta se sexualice y, por lo tanto, se degrade.<sup>8</sup> Algo insoportable para cualquier hijo varón.

Es importante resaltar que Luciano no solo lastima a Francisco por la afrenta perpetrada hacia su progenitora, sino porque su padre no está diciendo toda la verdad. Cuando los echan del lugar por pelearse y ambos hombres pactan para seguir el enfrentamiento en una calle aledaña, Luciano le dice a su padre: «¿No lo sabías acaso? ¡Con todo el mundo! ¿Quién daba para el diario, entonces?» (Ribeyro, 2009: 218). De esta replica, se puede inferir que ante aún antes del abandono de Francisco, es la madre de Luciano la que tiene que afrontar los gastos del hogar y asumir el rol de cuidadora de la familia. No es difícil de suponer que Francisco siempre cultivó la peculiar vida que tiene («la gran vida», como le dice a su hijo cuando este le pregunta cómo le ha ido en todos esos años que dejó a su familia). Se trata de un hombre desobligado, irresponsable, sin el menor respeto por lo que implica formar y sostener un núcleo familiar.

Resulta necesario detenerse en la actitud de Francisco, quien emplea el argumento de la infidelidad de su esposa para justificar la fuga del hogar, el abandono de tantos años. ¿Por qué realiza esta injuria, no solo frente a su hijo, sino ante los amigos de este? Miguel Ángel Ramos y Nancy Palomino (2018) afirman que «la calle, para los varones, se constituye en un escenario para la demostración performativa de su masculinidad» (145). Este no es el único lugar, sino que también existen otros como los bares o cantinas, con el añadido de que estos espacios se presentan como «un medio facilitador de los afectos entre hombres, evidentemente bajo los efectos del alcohol y bajo consideraciones amicales» (Álvarez, 2018: 70).<sup>9</sup> En estos lugares los hombres pueden darse la licencia de relajarse y permitirse ciertas confidencias entre sus pares varones. Ahora, si bien lo anterior es cierto, también lo es que en dichos espacios deben conservar su integridad masculina. No pueden ser objeto de cuestionamiento o burla. Un factor importante en la masculinidad es la vergüenza. Como dicen Ramos y Palomino los hombres tratan de «evitar a toda costa ser avergonzados por no lograr las competencias que se exigen para ser reconocidos como verdaderos hombres» (2018: 15). La mencionada característica también debe extenderse al padre.

En este espacio homosocial, Francisco no se puede exponer al oprobio, por dicho motivo se ve obligado a salvaguardar su condición de progenitor, dejar constancia ante el resto de los hombres (sus pares, a fin de cuentas), de que él no es el que cometió el error, sino su pareja, una mujer. Es ella quien no fue leal y por eso, como hombre que es, se vio forzado a irse, sacrificando su paternidad. Pero esto no es cierto, se trata de un ardid que emplea para no ser condenado por la sociedad por el incumplimiento de sus deberes de esposo y, sobre todo, de padre.

Ante la renuencia de Francisco de cumplir con sus obligaciones, se puede inferir que la madre de Luciano tuvo que emplear su cuerpo para afrontar los gastos de la casa y la educación del hijo. No encontró otra salida que entregarse sexualmente. Pero ¿quién es el responsable de esta situación? Francisco, el mismo que, por comodidad, por facilismo, dejó que su cónyuge se enredara en ese tipo de vida. Ahora puede entenderse a lo que se refiere el narrador cuando dice que nadie sabe las humillaciones que tuvo que soportar la madre de Luciano para que él termine el colegio. El único que lo sabe y bien es el propio Luciano, por eso no está dispuesto a que su padre se atreva a ofender a su madre llamándola públicamente promiscua. Es importante enfatizar que Luciano le recuerda que ella no actuó en contra del mandato de esposa por una cuestión de inmoralidad, sino

---

<sup>8</sup> Para el psicoanálisis la madre «quedará disociada en el inconsciente en dos: la mujer sexualizada y por tanto degradada y la mujer completa, sin falla, sin falla, sin mácula» (Wechsler, 2001: 85).

<sup>9</sup> Fuller explica que: «el consumo de alcohol con amigos y colegas es una forma de socialidad indispensable para poder ganar y conservar su lugar en este circuito [de la masculinidad]» (2012: 127).

porque alguien debía de solventar la manutención de la familia. Ante la desidia del esposo por asumir una paternidad responsable, definida por la capacidad de proveeduría,<sup>10</sup> la madre de Luciano debió adjudicarse ese rol, aunque para llevarla a cabo tuvo que romper con otros mandatos que la sociedad le imponía en su condición de mujer casada y madre.

La escena final del cuento es ambigua. Padre e hijo han salido al jirón Humboldt a continuar la pelea iniciada en el bar. Como era de esperarse, Luciano vence a Francisco, el cual es derribado, luego de dar una contienda desordenada y breve. El viejo queda quieto en medio de la calle. Entonces

Luciano cruzó velozmente por encima de él y recogiendo su saco corrió hacia la esquina. Al llegar al jirón Humboldt se detuvo en seco. El cuerpo continuaba allí —se le veía como un animal atropellado— en medio de la pista. Con prudencia se le fue acercando. Al inclinarse, vio que el viejo dormía, la garganta llena de ronquidos. Tirándolo de las piernas lo arrastró hasta la vereda. Luego volvió a inclinarse para mirar por última vez esa mandíbula recia, esa ilusión de padre que jamás volvería a repetirse. Arrancando su anillo del anular, lo colocó en el meñique del vencido, con el rubí hacia la palma. Después encendió un cigarrillo y se retiró, pensativo, hacia los bares de La Victoria.

(Ribeyro, 2009: 219)

¿Por qué Luciano actúa de ese modo? ¿se trata de un acto motivado por el arrepentimiento, la caridad o la piedad por el padre golpeado y caído, o hay algo más detrás de este comportamiento? El gesto final, dejarle el anillo con un rubí incrustado a Francisco, se constituye como el corolario de la aventura de Luciano, que empezó con el deseo de arrebatarse a su progenitor la función paterna, convirtiéndose así en lo que nunca fue Francisco: un padre proveedor. En tal operación lo que se buscaba era exponer, humillar, a aquel que se había dejado el hogar hace ocho años. Pero en medio de esta venganza, Luciano concibe la ilusión de que puede recuperar el vínculo con el padre perdido, y de esta manera, volver a ser el hijo de alguien, dejando la posición incómoda de la orfandad obligada. Mas, los hechos han derivado en la certidumbre de que lo anterior es imposible, que pese a lo que haga, Francisco siempre será ese ser que le ha procurado dolor a su madre y a él, Luciano. Entonces, este pareciera entender que entregarle el anillo es un rito que le puede liberar finalmente de esa ilusión y que, a la vez, le permite cumplir el anhelo primero de ocupar el lugar del padre, transformando a Francisco en un hijo que recibe. El despojarse del anillo sella la ruptura definitiva no tanto con el individuo de carne y hueso que lo engendró, si no con esa ilusión del padre que no necesita más. Luciano deja de ser hijo y pasa a convertirse en hombre, al entender que no necesita de un padre para existir, una raíz de la cual sostenerse en el mundo.

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES

El crítico Antonio Cornejo Polar dice de la obra de Julio Ramón Ribeyro que en esta «actúa un *a priori* incommovible, definido por la certidumbre del fracaso como final inevitable de todo empeño humano, de suerte que cada relato implica una exploración de la realidad que tarde o temprano confirma el acierto de la actitud originaria» (2000: 226). Como se ha podido apreciar en el análisis realizado en el artículo, esto es precisamente lo que sucede en «Las botellas y los hombres». El protagonista del cuento es Luciano, debido a que es el personaje que experimenta un cambio significativo respecto a la configuración inicial presentada en la historia. Luciano, quien en un principio se mostró reticente ante la llegada de su padre, progresivamente vuelve a confiar en él, creyendo

<sup>10</sup> Para Saldaña y Salgado se trata acaso del «eje central de las masculinidades hegemónicas durante buena parte de la historia reciente» (2018: 183).

que puede restablecer el vínculo que los une como padre e hijo, pero al final se da cuenta de que esto es imposible, que tan solo fue una ilusión que acabó en fracaso.

La aventura que le ha tocado vivir a Luciano solo le confirmó aquello de lo que estaba seguro desde un comienzo, pero el conocimiento siempre es ganancia y Luciano ha aprendido que, en realidad, no necesitó de su padre para salir adelante en la vida, para ser alguien. Por eso la importancia del gesto del anillo, significa la cancelación del pasado, de la influencia de Francisco (el padre ausente) en su vida, de la esperanza de un padre del cual arraigarse. Al invertir los papeles, convirtiéndose en alguien que provee y protege, ha colocado a su progenitor en una posición subalterna, en la del hijo sobre el cual se ejerce el poder. En esta microfísica específica del poder que es la familia conyugal o tradicional, el padre, el patriarca ha cedido su lugar al hijo. El cuento, en ese sentido, es la puesta en escena del derrumbamiento del lugar paterno y del padre como figura de autoridad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez, Roland. 2005. *La masculinidad figurada. La representación del significado social de la virilidad en las ilustraciones de humor de la prensa limeña*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Cervantes, José Carlos. 2018. «Bosquejo del patriarcado en familias de Jalisco». En *Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas*, ed. Norma Fuller. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Conell, R.W. 1997. «La organización social de la masculinidad». En *Masculinidades. Poder y crisis*, ed. Teresa Valdés y José Olavarría. Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Cornejo Polar, Antonio. 2000. «Literatura peruana. Época republicana». En *Literatura peruana siglo XVI a siglo XX*. Antonio Cornejo Polar y Jorge Cornejo Polar. Lima: CELACP-Latinoamericana Editores.
- Cortés, José Miguel. 2004. *Hombres de mármol. Códigos de representación y estrategias de poder de la masculinidad*. Barcelona: Egales.
- Elmore, Peter. 2002. *El perfil de la palabra. La obra de Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú-Fondo de Cultura Económica.
- Evans, Dylan. 2005. *Diccionario introductorio del psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, Michel. 1980. *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, Michel. 2006. *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- Foucault, Michel. 2010. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores.
- Fuller, Norma. 2012. «Repensando el machismo latinoamericano». *Masculinity and social change*, 1 (2): 114–133.
- Fuller, Norma. 2019. «El cuerpo masculino como alegoría y como arena de disputa del orden social de los géneros». En *Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas*, ed. Norma Fuller. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- González Montes, Antonio. 2010. *Ribeyro. El arte de narrar y el placer de leer*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.
- Han, Byung-Chul. 2019. *Hegel y el poder. Un ensayo sobre la amabilidad*. Barcelona: Herder.

- Kaufman, Michael. 1997. «Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres». En *Masculinidades. Poder y crisis*, ed. Teresa Valdés y José Olavarría. Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Kimmel, Michael. 1997. «Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina». En *Masculinidades. Poder y crisis*, ed. Teresa Valdés y José Olavarría. Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Kimmel, Michael. 1998. «A produção simultânea de masculinidades hegemônicas e subalternas». *Horizontes antropológicos*, 4 (9): 103–117.
- Leonardo-Loayza, Richard. 2021. «Transfobia, maternidad protésica e identidades no heteronormativas en Loxoro (2011) de Claudia Llosa». *Letras*, 92 (135): 146–159. Doi: <https://doi.org/10.30920/letras.92.135.11>
- Olavarría, José. 2018. «Masculinidades, paternidades y familias». En *Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas*, ed. Norma Fuller. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Orlandi, Renata, Beiras, Adriano y Filgueiras, María. 2009. «¡Ya soy papá! Los sentidos dados a la paternidad y a las prácticas de cuidado de los hijos por padres adolescentes y sus implicaciones en la construcción de la masculinidad». En *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*, coords. Juan Carlos Ramírez Rodríguez y Griselda Uribe Vásquez. Madrid: Plaza y Valdés.
- Ortega, Julio. 1985. «Los cuentos de Julio Ramón Ribeyro». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 417: 128–145.
- Parrini, Rodrigo. 2000. «Los poderes del padre: paternidad y subjetividad masculina». En *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia*, ed. José Olavarría y Rodrigo Parrini. Santiago de Chile: FLACSO.
- Ramos, Miguel Ángel y Palomino, Nancy. 2018. *Detrás de la máscara. Varones y violencia sexual en la vida cotidiana*. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia.
- Ribeyro, Julio Ramón. 2009. «Las botellas y los hombres». *La palabra del mudo* (I), Lima: Editorial Seix Barral.
- Saldaña, Lucía y Salgado, Cristian. 2018. «Paternidades en el Concepción urbano. Prácticas de crianza, reedición del rol paterno e identidad masculina». En *Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas*, ed. Norma Fuller. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Seidler, Víctor J. 2006. *Masculinidades. Culturas globales y vidas íntimas*. Madrid, Montesinos.
- Torres Velásquez, Laura. 2004. «La paternidad. Una mirada retrospectiva». *Revista de Ciencias Sociales*, 105: 47–58.
- Wechsler, Elina. 2001. *Psicoanálisis en la tragedia. De las tragedias neuróticas al drama universal*. Buenos Aires: Editorial Biblioteca Nueva.